
Historia de un bautizo aplazado

María Dolores Maldonado y Lorenzo Torrente

Hace años, se nos ofreció participar en un grupo que iba a trabajar, en Madrid, en el intento de crear las bases para el desarrollo de una catequesis familiar. Era una experiencia nueva y en ella colaboramos a lo largo de dos años seis o siete matrimonios procedentes de grupos cristianos, con hijos, dos religiosas y dos sacerdotes con amplia experiencia catequética.

Lo primero que notamos fue que debíamos partir no de nuestra experiencia familiar, sino de la profundización y clarificación de nuestra fe individual, de la práctica de la misma en pareja y pasar después a la iniciación y al desarrollo en nuestros hijos.

En nuestro caso, la situación era peculiar, ya que por la desgraciada experiencia de Lorenzo en un colegio religioso, buscamos una enseñanza mixta y en esa búsqueda elegimos un colegio laico que procuraba una buena educación intelectual pero en el que la enseñanza

religiosa estaba reducida a cero. Todo el proceso de iniciación cristiana, caía sobre nosotros y el entorno familiar.

Después de dos años de trabajo, el grupo de estudio se encontró con unos esquemas de catequesis familiar que fueron elogiados por la delegación de Pastoral del arzobispado de Madrid (promotora de la idea). El paso siguiente era trasladar nuestra experiencia, guiones, temas, etc. y pedir crítica para su posible mejora e implantación a través de grupos cristianos de formación matrimonial, parroquias o cualquier otro cauce adecuado. Para ello se organizaron encuentros con un grupo bastante numeroso procedentes de estos orígenes que, después de su proceso de formación, serían los encargados de desarrollarlos en sus círculos de actividad. Lo normal en estos casos.

Pensamos que cuatro, seis reuniones semanales, serían suficientes. No llegamos a completarlas.

Desde el primer momento constatamos que la catequesis familiar que no fuera pietista (oraciones infantiles, asistencia a la misa dominical en familia, devoción a santos patronos individuales, locales, regionales o nacionales, respeto, tristeza o alegría "obligadas" en fechas determinadas del calendario eclesiástico...), no era aceptada fácilmente.

En segundo lugar vimos que entrar a fondo en esa catequesis familiar participativa, con igualdad humana aunque en distinto grado de obligación paritaria era muy dura y eran pocos los dispuestos a impliarse. ¿Cómo "descender" a hacer una revisión de vida delante de los hijos y aguantar sus preguntas, por ejemplo? Senos pedían recetas, pero con garantía de eficacia.

En tercer lugar, la importancia de la formación religiosa en los colegios, en la cual descargaba "el compromiso" de los padres, no tenía para nada en cuenta el parecer de los mismos, incluso interfería cuando no se oponía a la aportación que éstos podrían hacer en la formación familiar. Y, finalmente, la sociedad era y lo sigue siendo no laica sino arreligiosa. Y tiene un peso muy considerable no solo en la formación de los hijos, sino de los padres.

En resumen: Después de dos años de trabajo, nos dimos cuenta

que habíamos adquirido una experiencia difícilmente traspasable a nuestros hijos. Intentábamos hacerlo con el bagaje recibido en el pasado, aplicándolo en el presente y con la idea de que fuera una proyección de futuro,

Nuestros hijos fueron creciendo, intentamos cumplir nuestro trabajo de padres cristianos lo mejor que pudimos, asistieron durante años a la comunidad cristiana en la que estábamos incorporando y fueron "asistentes" a la misma (no había formación de niños en ella) hasta que al entrar en la adolescencia fueron actuando como una parte de los jóvenes en su edad: con principios éticos, pero no necesariamente cristianos.

Con el paso de los años, Pablo, nuestro hijo mayor se casó con una joven china, Ning, sin ninguna formación religiosa. Ambos, como el resto de nuestros hijos, participan en las celebraciones religiosas familiares, viven en matrimonio civil, como pareja de hecho o en soltería (hay de todo) y tienen una formación ética (quizás con un leve poso cristiano), pero no son practicantes. Al tener Pablo y Ning su primer hijo, se planteó su bautismo. Pensaban hacerlo, pero no había prisa... En nosotros pesaba también el respeto a la decisión personal (de los padres) y fruto, ¿por qué no? de nuestra práctica

religiosa: esperar a que el niño pudiera decir, en un futuro, qué opción tomaba.

Pasaron meses y vino a España una temporada nuestra consuegra china, tampoco creyente. Sin embargo, con un gran pragmatismo oriental, comentó: "Si este niño va a crecer con una familia de raíz cristiana, con una práctica religiosa en parte de ella y en una sociedad que practica el cristianismo, ¿por qué no lo bautizáis?". Y así lo hicimos. Ya llegará el momento en que nuestro nieto tomará sus opciones, pero si no ha tenido la alternativa de una formación religiosa, empezando por el bautismo, ¿cuáles podrían ser? Así que celebramos el bautizo todos muy contentos y el niño va creciendo y hablando del niño del niño Jesús. Confiamos que más adelante hable de Jesús, hombre.

Al escribir esto, en que nuestra experiencia (pasado) pudo ser

negativa para la formación religiosa de nuestro nieto (presente y futuro), recuerdo una historia zen que J. C. Carrière —colaborador de los guiones de Buñuel durante casi veinte años— cuenta en su libro "Le cercle des menteurs".

Un maestro zen tenía un discípulo al que ofreció un melón. Después de que este lo probara, le preguntó: "¿Está bueno el melón?". El discípulo contestó: "Sí, su sabor es muy bueno". Pasado un rato, el maestro le dijo: "¿Dónde está el sabor? ¿En el melón o en tu lengua?".

El discípulo reflexionó y empezó a dar complicadas explicaciones: "De hecho, el sabor procede de la interdependencia entre el melón y mi lengua. Mi lengua sola, sin el melón, no podría...".

El maestro le interrumpió bruscamente: "¡Idiota, más que idiota! ¿Qué pretendes? Este melón está bueno. ¡Eso basta!".